

"El Salón IV", en El Salón, Santiago, 13 de diciembre de 1885, n. 4, p. 15-16.

# EL SALÓN

CRÍTICA, LITERATURA, POESÍA, ETC. ETC.

NÚMERO CUARTO

Santiago de Chile, Diciembre 13 de 1885

SUMARIO.—EL SALÓN, por Victor Gier.—FRAGMENTO DE UN CARTA DE MUJER HALLADA EN NUESTRA SEÑORA DE LOS CAMPOS, por Alfonso Druel.—CHARLA SOBRE FINTURA (CONCLUSIÓN), por G. P. T.—PREMIOS DE ESTUDIO.—RECUERDOS ÍNTIMOS, por W. ALVAREZ.—LOS PUEBLOS PARISIENSES CONTEMPORÁNEOS, por Ernesto García Lavayrac.—CRÓNICA ARTÍSTICA.—EJECIO DELAUNOIS, por P. Lira.—LA EXPOSICION MALINI.—LAS BELLAS ARTES EN CHILE.—NUESTRAS ILUSTRACIONES.

## EL SALÓN

IV

Señoritas Magdalena Mira.—Celia Castro.—Dolores Álvarez.—Jenoveva Merino.—Juan R. Vega.—Arsenio Gajardo.—Enrique Lynch.

os hemos ocupado en uno de nuestros artículos anteriores de la señorita Aurora Mira que acaba de obtener un tan merecido primer premio por sus tres hermosos cuadros.

Pasamos ahora a estudiar las obras de su hermana, la señorita Magdalena, cuyo talento tan simpático en su sincera i varonil sencillez recojió el año pasado la mas abundante cosecha de aplausos. Sus cualidades, como entonces lo escribíamos, son tan espontáneas que no se conoce esfuerzo alguno en sus atraentes producciones i el espectador siente la viva emocion que comunica al alma toda obra verdadera i sentida. La manera voluntariamente inhábil en la ejecucion de los pequeños cuadros de la señorita Magdalena puede inducir en error a algunos observadores inespertos, los cuales no tardarán en desengañarse con solo echar una rápida ojeada a su tela *El primer robo*, de una ejecucion suficientemente cuidada para hacernos presumir de todo lo que la autora sería capaz si quisiera perder su tiempo en las habilidades del oficio, a que dan tanta importancia los practicantes de escaso cerebro i de pequeño corazón.

No necesita de tales recursos la señorita Magdalena: ella sabe interesarnos con la pintura de un carácter, algo mucho mas difícil que la imitacion banal de un pedazo de seda o del mas brillante terciopelo. El mejor comprobante de esta verdad es su cuadrillo *La Viuda*, en cuya presencia no puede dejar de sentirse conmovido cualquier espectador de mediana sensibilidad. Delante de esa mujer vestida de negro tan naturalmente sentada enfrente del pequeño crucifijo, en esa pieza modesta i desnuda, se adivina todo un carácter, casi diríamos toda una existencia. Las agitaciones de la vida han impreso sus huellas sobre ese semblante melancólico; la familia ha debido desaparecer por muerte o por ausencia de los seres queridos; la fortuna

ha desertado del hogar junto con la juventud; i una resignacion austera, benévola i silenciosa se ha apoderado de ese experimentado corazón, que solo vive de recuerdos.

Para nosotros que, en nuestro carácter de críticos, estamos obligados a aceptar todas las tendencias, sin juzgar de otra cosa que del resultado del esfuerzo, ni tomar en cuenta para nada nuestras simpatías por tal o cual jénero, nos es particularmente grato el cajo cuando este reza en obras de un sentimiento análogo a los nuestros; por lo mismo aplaudimos con tan ferviente conviccion la excelente obra de la señorita Mira que acabamos de analizar.

La unánime admiracion que esta obra despierta en el público, indica a su autora cuál es el verdadero i glorioso camino que debe seguir. Es el mas bello i difícil de los senderos del arte, pues para brillar en él es necesario haber recibido del cielo la divina chispa que hace al poeta i que hace al gran artista, chispa que no se inventa ni se falsifica con las mas hábiles argucias de un arte falso o mecánico, i que la señorita Mira ostenta i luce como nadie en algunos de sus cuadros.

En cuanto a los otros dos cuadros de la señorita Magdalena, *El Minero* i *El primer robo*, los colocamos resueltamente en grado inferior al precedente, a pesar de serle superiores en la ejecucion, porque tanto el uno como el otro nos hacen pensar en los modelos de que se ha servido la artista. La actitud del minero es bella pero un tanto impersonal: el personaje lo es mas por su traje que por su carácter. Respecto al *Primer robo*, salvo la camisa listada, de un tono excelente, pero demasiado limpia para el personaje, no hallamos otra critica fundada que la del título. Si esta tela figurara como un simple estudio, nos guardaríamos nuestras observaciones que solo tienen razon de ser por el bautismo del cuadro.

Desde luego no se roba un plátano en un platanal de los trópicos donde no tienen valor, i en seguida la luz de este cuadro es de taller, siendo así que la escena pasa al aire libre, lo que es un procedimiento abandonado por la escuela moderna. Salvo estas observaciones su figura es digna de los mayores aplausos, pues es una de las mas orijinales i vivientes del salón.

En suma, la esposicion de la señorita Magdalena Mira nos acaba de convencer de la solidez de su talento, si bien nos sorprende ménos que la del año anterior. Lo que sí es perfectamente visible este año, i es ello una suerte, es la clarísima demarcacion de las tendencias de las dos hermanas. La señorita Magdalena se inclina a lo sencillo i grave, mientras la señorita Aurora marcha hácia lo suave i femeníl. Que sigan cada

una la senda que parecen indicarles sus temperamentos respectivos i ni ellas ni sus admiradores tendremos jamás que arrepentirnos.

La señorita Celia Castro se nos apareció en la esposicion del 84 con el resplandeciente brillo de un meteorito. ¿Será igualmente fugaz?... Preferimos creer que no, i que el pequeño éxito de su exhibicion de este año es el resultado pasajero de una falsa direccion dada a sus esfuerzos.

En ningún esponente resalta tanto como en la señorita Castro esa inquietud de un temperamento artístico que busca anheloso su camino. Ciertos atrevimientos de color i de factura, al lado de una tendencia visible hácia lo extraño, imprimen a sus obras un sello particularmente interesante: se adivina un alma jóven i rebozante de vida.

Que la jóven artista se corrija cuanto ántes de la tendencia acaramelada que deslucce sus últimas producciones i que se esfuerce mas en el estudio fiel del modelo: esto bastará para salvarla del abismo que bordea.

Sabemos que se ha venido a continuar sus estudios a Santiago; i, en presencia de sus indisputables dotes de colorista, no dudamos de que en la esposicion del año próximo sabrá tomar un glorioso desquite que nosotros le deseamos ardientemente como los mas sinceros admiradores de su talento.

La señorita Dolores Álvarez, aunque conocida de tiempo atras por los aficionados, no habia tomado parte hasta ahora en nuestras esposiciones. Su primer ensayo no carece de importancia i nos da un claro testimonio de sus buenas dotes en algunos de sus pequeños estudios del natural, i sobre todo, en su cuadro titulado *Un rancho*, que es uno de los buenos paisajes de la esposicion a pesar de su modesta apariencia. Las manchas coloreadas, figuras i repas tendidas que lo adorna, están mui bien calculadas para hacer valer la entonacion del conjunto i se hallan mui oportunamente distribuidas. La única observacion que nos permitiremos dirigirle es la pequeñez de factura en los ranchos, lo que les da un aspecto demasiado pulido, en desacuerdo con el carácter jeneral de esa especie de construcciones primitivas.

La vocacion de los premios ha colocado a la señorita Jenoveva Merino entre los escogidos. Este pequeño triunfo que ha alcanzado con su *Naturaleza muerta de cocina*, alentará a la jóven autora a continuar resueltamente sus estudios.

Pasando ahora al jénero masculino, citaremos las *Naturalezas muertas* de Arsenio Gajardo i de Juan R. Vega, dos jóvenes que se estrenan este año con

un acierto que hace preñar el mayor bien de sus futuros progresos. Uno i otro manifiestan datos de coloristas i ámbos han obtenido menciones honoríficas por casi unanimidad de votos. Por nuestra parte, no podemos menos que asociarnos al fallo de sus compañeros.

El jóven Enrique Lynch ha sido ménos feliz, a pesar de sus numerosos ensayos a la exposicion, varios de los cuales merecieron a la atencion del público por cierta facilidad de ejecucion. Que el jóven continúe en su carrera algo mas el año próximo en el estudio de sus obras, i no dudamos de que su nombre figurará en buen lugar. Con méritos como los que tiene, la envidiable suerte de poder consultar, su triunfo está asegurado.

Concluiremos nuestros apuntes sobre la pintura en la exposicion, con algunas observaciones jenerales que el estudio del conjunto nos sugiere. Dejando para nuestro artículo final la acuarela, el dibujo i la escultura.

El mejor síntoma al par que el mas seguro gaje de progreso es la aparicion de varios cuadros históricos por los jóvenes alumnos que aun no han alcanzado la ventaja envidiable de recorrer los museos europeos i de consultar los maestros del viejo mundo. Esto indica una ambicion elevada i una marcada tendencia a los estudios serios de parte de un grupo laborioso, lo que es tanto mas consolador cuanto que la vulgarizacion de los estudios artísticos hacen brotar de todas partes una multitud de pintores improvisados que muy a menudo no tienen otra cosa en su abono que su laudable intencion.

Luego el triunfo reconocido por los mismos esponentes de los jóvenes que han sido capaces de esfuerzos mas sostenidos alentará a éstos a perseverar en sus estudios i tentará probablemente a algunos otros, los que se sientan con mayor entusiasmo i mejor dotados, a lanzarse en un camino que, si bien es mas largo i espinoso, es el único que puede conducir a un resultado satisfactorio i asegurar un éxito durable a los artistas.

Porque no son únicamente los cuadros de figuras los que ganan con esa buena gimnástica del estudio del desnudo, que es la base de la educacion en el pintor histórico, sino que en sus paisajes i cuadros de naturaleza muerta se nota a primera vista una cierta precision, una conciencia superior que los distingue de una manera notable de las producciones de otros artistas ménos favorablemente preparados.

Otra peculiaridad de la exposicion de 1885 es la ausencia de retratos, como lo dijimos en nuestra lijera introduccion. A este respecto seria muy de desear que la Union Artística tomara para en adelante la resolucion inquebrantable de no admitir retrato alguno de aspecto fotográfico, ya que esta plaza del arte no halla tan arraigada en Chile que, por mas que sus autores lo deseen, no pueden a menudo conseguir una sola sesion del natural. Los pintores lo saben bien i conviene que el público lo sepa alguna vez; esta clase de producciones no tienen nada que ver con la obra artística i solo deben considerarse como un producto industrial de las numerosas aplicaciones del arte.

Concluiremos felicitando a la Union Artística por la creacion de los premios de estímulo, que creemos destinados a producir los mas excelentes resultados.

VICENTE GREZ.

## ERIGIDITO

### DE UNA CARTA DE MUJER HALLADA EN NUESTRA SEÑORA DE LOS CAMPOS



—¿Ah! Dios mio, mi niña, ¿qué es lo que tienes?

Narré a mi mamá cómo se hallaba aquella abominable mujer en qué traje... I lloraba, lloraba... Mamá, muy conmovida, trata de consolarme, diciendo que aquello debía ser un modelo.

—¿Cómo... pero es horrible... No me habías dicho nada de eso antes del matrimonio...

Mientras tanto llega Estéban completamente desfavorado i, a su turno, trata de hacerme comprender cómo un modelo no es una mujer como cualquiera otra, i que, por otra parte, los escultores necesitan indispensablemente aquello; pero esas razones no me persuaden, i declaro formalmente que no quiero mas un marido que viva en constante *tête-à-tête* con señoritas de semejante catadura.

—Vámonos, amigo mio,—dijo entonces la pobre mamá que se esfuerza en arreglarlo todo,—¿caso por consideraciones a vuestra mujer no podríais reemplazar aquello con algo semejante, un muñeco, un encartonado?

Mi marido mordía su bigote con furor.

—Pero es imposible, mi querida señora.

—Sin embargo, amigo, me parece... nuestras modistas tienen cabezas de carton que les sirven para acomodar sombreros... Pero bien, lo que se hace con la cabeza no podría hacerse con...

Parece que aquello no era posible. Esto fué por lo ménos lo que Estéban trató de manifestarme largamente, con toda especie de palabras técnicas i de detalles. Tenia verdaderamente un aire muy desgraciado. Le miraba con el rabillo del ojo mientras limpiaba mis lágrimas, i veía bien que mi pena le afligía mucho. En fin, después de interminable discusion se convino que, puesto que era el modelo indispensable, siempre que viniese yo estaria allí. Habia, justamente, cerca del taller un cuartito muy cómodo, desde donde podría ver sin ser vista. Es vergonzoso, me dirás, tener celos de esa jente i aun manifestarlos. Pero, considera, mi paloma, que es necesario haber pasado por situaciones semejantes para poderlas describir.

Al dia siguiente debía presentarme el modelo. Haciendo acopio de valor, me instalé en mi escondite, con la condicion espresa de que al menor golpe dado en el tabique viniese mi marido. Apenas estuve encerrada, llegó el modelo tristísimo del otro dia, adornado Dios sabe cómo, i un aire tan infeliz que me pregunté por qué causa puede tener celos de una mujer que sale a la calle sin puños blancos i con un viejo chal de listas verdes. Pues bien, querida, cuando vi esa criatura despojándose de su chal, de su traje en medio del taller, desvestiéndose con tal tranquilidad, con tal impudor, esperimé una sensacion que no podría describirte. La cólera me ahogaba... di un golpe en el tabique... Estéban llega. Temblé, estaba muy pálida. Se burla de mi tranquilizándome dulcemente i vuelve a su trabajo... Al cabo de un momento, la mujer estaba de pié, con los cabellos desatados, pesadamente caídos... Ya no era la criatura que hace un rato, sino una estatua verdadera, a pesar de su aire fatigado i común. Me dufa el corazon. Sin embargo, nada dije. Subitamente oigo que dice mi marido: «La pierna izquierda... Adelante la pierna izquierda...» I como el modelo no entendiese bien, se aproxima... ¡Ah! por el momento no pude contenerme ya mas. Golpeo aun, golpeo con furor. Esta vez llega con el ceño fruncido, en la fiebre del trabajo.

—¿Ah! querida mía, si lo hubiera adivinado!... pero las jóvenes se forman en toda materia ideas tan singulares! Figúrate que en la exposicion, al ver en el catálogo esas direcciones lejanas de calles tranquilas, en el extremo de París, me imaginaba una existencia apacible, sedentaria, toda de trabajo i de familia, i me decía, experimentando celos de antemano: «Así quiero marido. Conmigo estará siempre. Pasaremos nuestros dias juntos, él con su cuadro o escultura, yo leyendo, cojiendo a su lado en la penumbra del taller.» ¡Fóbre inocente, andá! No sospechaba entonces lo que fuera un taller ni el extraño mundo que allí se encuentra. Jamás, al considerar esas estatuas de diosas, tan descaradamente descotadas, se me hubiera ocurrido que mujeres bastante atrevidas... I que yo misma... Sin eso, te aseguro que no me hubiera casado con escultor. ¡Ah! pero no, por ejemplo... Delo decir que en casa, todos estaban contra ese matrimonio, a pesar de la fortuna de mi marido, de su nombre ya celebre, del bello palacio que mandé edificar para nosotros. Yo soy quien lo ha querido. ¡Era tan elegante, tan encantador, tan amable! Vi, sin embargo, que se ocupaba demasiado de mi *toilette*, de mi peinado: «Levantad vuestros cabellos, así, así...» i el señor se complacia colocando una flor entre sus rizos con infinitamente mayor gracia que cualquiera modista. Tanta experiencia en un hombre asustaba, ¿no es verdad? Habría debido desconfiar. En fin, tu vas a verlo. Escucha.

Recien llegábamos de nuestro viaje de bodas. Mientras yo me instalaba en mi lindísima habitacion tan bien amueblada, en aquel paraiso que conoces, habia llegado mi marido i pasaba sus dias en el taller, fuera de casa. En la tarde, al volver, me hablaba con fiebre de la esposicion cercana. El asunto era «una dama romana saliendo del baño.» Quería dar al mármol esa pequeña palpitacion de la piel en contacto con el aire, esa humedad de los tejidos finos junto a las espaldas i toda especie de linduras que ya no recuerdo. Para entre nosotros, cuando habla de escultura, no siempre acierto a comprenderle. Así, i con todo, yo le decía siempre: «Eso será muy bello...» i me veía pisando la arena fina de las avenidas, admirando su obra, un hermoso mármol blanco sobre cortinaje verde, mientras que se murmuraba tras de mí: «La señora del autor...»

En fin, un dia, deseando conocer en qué parte íbamos de nuestra dama romana, tuve la ocurrencia de ir a sorprenderle a su taller que aun no conocia. Era una de las primeras veces que salía sola i estaba muy compuesta... Al llegar, vi la puerta del pequeño jardín, del entresuelo, enteramente abierta. Entré derecho i, juzga mi indignacion al ver a mi marido con blusa blanca de albañil i las manos llenas de tierra, i al frente una mujer, mi querida, una gran criatura de pié sobre un tablado, casi desnuda i con el aire tranquilo en esa tacha, como si la hubiera creído natural. Toda una coleccion de ropa sucia, zapatos viejos, un sombrero redondo con una pluma desrizada, estaban a su lado en una silla. He visto aquello rápidamente i ya comprenderás si me arranqué. Estéban quería hablarme, retenerme, pero tuve un jesto de horror